

Recordar, compartir, aprender

## Barcelona

Frederic Ninot Piqué, 86 años

Ferran Martínez Alonso, 24 años

### RECORDANDO LOS DETALLES

Frederic es natural de Passanat. Allí fue reclutado con 20 años para formar en la quinta del 44, encargada de derrotar a los maquis en el Valle de Aran. Miembro del Grupo de Cazadores, Esquiadores, Escaladores y Militares del Pirineo llegó a ser tirador de primera, cargo que le obligó a realizar el hecho más penoso de su vida: fusilar a un hombre. Con dolor, aún lo recuerda como si fuera hoy

Sentado en un rincón de la sala principal del Centro Cívico Can Fàbrega, en el barrio de Sarrià de Barcelona, Frederic Ninot esperaba la sesión de cine de los jueves haciendo el sudoku que proponía el periódico del día. Después de presentarme, me aseguró que este juego japonés le va bien para “hacer trabajar la cabeza”. Y es que a sus casi 87 años, a Frederic le empieza a fallar la memoria.

Desde el principio se notaba que, a pesar de vivir en Barcelona con su hijo, aquel anciano era un hombre de raíces. Rápidamente explicó que era natural de Passanant, un pueblo de Tarragona, y me preguntó de dónde venía. “Soy de Terrassa”, le contesté. Sonrió, y sin más empezó a tararear una sardana. “Sabadell, Terrassa, Manresa, Barcelona y Mataró, hablan con toda franqueza...”, y se paró. “Ya lo ves chico, he envejecido. No recuerdo más”. Aquel recibimiento me enterneció. Se trataba de un hombre vital, que se reía de sí mismo y de sus olvidos esporádicos.

A Frederic le encanta hablar de historias de la posguerra, porque de eso se acuerda perfectamente. Él se salvó de luchar en el frente durante la Guerra Civil, pero tuvo que formar parte de la quinta del 44, encargada de derrotar a los maquis, un grupo de guerrilleros antifranquistas que empezaba a surgir en el Pirineo catalán. “Tuve que dejar mi pueblo y partir junto a tres compañeros más, hacia las montañas durante tres años (44, 45 y 46). Nos obligaban”. Allí, como contaba Frederic, los maquis intentaban entrar en el Valle de Aran. Ninot llegó primero a Esterri d’Àneu, a unos 40 kilómetros de Viella y allí formó parte del Grupo de Cazadores, Esquiadores, Escaladores y Militares del Pirineo. “Aún conservo el título que me acredita como tal”, decía entre orgulloso, pero a la vez algo afligido. Sin duda, se veía que era una sensación extraña para él. Confesó que a pesar de que le obligaron a ser militar, fue una etapa importante de su vida. Frederic era hombre de pueblo, trabajaba como pastelero y panadero y con 22 años abandonó su hogar sin saber si podría regresar algún día.

En Esterri d’Àneu pasó los primeros días de esa aventura. A él y a sus nuevos compañeros los instruyeron durante las primeras semanas. Una vez preparados, Frederic y el resto de la cuadrilla cruzaron el puerto de la Bonaigua, pasando pueblo a pueblo, hasta llegar al Valle de Arán. Se detenían en cada aldea para buscar maquis, pero también a ladrones y delincuentes. “Entrábamos en aquellos pueblecitos con el fusil colgado, pero debo reconocer que muchas veces sólo era para impresionar. De hecho, en la mayoría de las ocasiones no los llevábamos ni cargados. Cuando los pueblerinos nos veían, huían”.

Frederic, a pesar de estar luchando por obligación, era un buen militar, un gran profesional. Con cierto alarde recuerda que le atribuyeron una distinción especial que le diferenciaba de algunos de sus colegas. Tenía buena puntería y por eso le nombraron tirador de primera. Desgraciadamente, ese nombramiento le llevó a hacer algo que nunca, por mucho que le falle la memoria, podrá olvidar. Frederic tuvo que fusilar a un hombre. Este episodio de su vida lo explica con detalle, describiendo el momento y como si el tiempo no hubiera pasado. Empezó a hablar, mientras cerraba los ojos como si dentro de sí estuviera visionando lo ocurrido. “Era un delincuente y yo, como tirador de primera, tuve que matarlo. Y no quería. Me contaron que aquel hombre había hecho algo gravísimo, muy terrible, sin especificarme más. Mi capitán me obligó a fusilarlo”, contaba



serio Frederic, quien antes de apretar el gatillo, mantuvo un breve diálogo con el delincuente condenado. “Él estaba de pie, atado, y me pedía por favor que apuntara bien y que no fallara. De ese modo moriría al instante y no sufriría”. Ese maldito capítulo que vivió en el Valle de Arán “es de lo que más me arrepiento de esos años y muchos días me pregunto: ¿qué he hecho?”, reconocía el protagonista.

Tras dejar el Pirineo, Frederic Ninot se trasladó hasta bajar al corazón de Cataluña. “Los últimos meses los pasamos en Manresa –detallaba-; allí estuvimos de guarnición, controlando la ciudad. Entonces, España era un país pobre, lleno de criminales y ladrones. Nuestra función era limpiar el país de cualquier tipo de delincuencia”.

A finales de 1947, Frederic volvió a Passanant. En su pueblo se casó y continuó trabajando en su panadería. Aún así, España vivía una época oscura, dura y difícil. Nuestro protagonista, como muchos otros, tuvo que partir hacia Barcelona para intentar vencer la crisis económica que abarcaba al país. Cambió el pan por el coche. Empezó a trabajar como chófer de Casa Raventós, un edificio señorial de Sarrià perteneciente a la familia Codorniu. Allí también ejercía de jardinero y él mismo nos comentaba que aún hoy visita aquel lugar. “Guardan muy buen recuerdo de mí y siempre que voy me reciben con mucho cariño. Incluso me siguen haciendo regalos”.

En Barcelona crió a dos hijos, Ramón y Magí. Parecía que en la capital catalana todo le iba bien, pero hace unos 20 años -Frederic no supo concretar exactamente cuantos- su esposa murió de forma trágica e inesperada; “Me la mataron allí en la calle Bonaplata, atropellada por una moto”. Fue un duro golpe, difícil de superar. Desde entonces su fuerza, ilusión y su gran apoyo son sus dos nietos, de los que habla con orgullo. “Uno tiene 18 años y el otro 16, estudian y se ganan la vida con el baloncesto. Son muy buenos”.

## **LO IMPORTANTE DE LA VIDA**

Aún con 86 años, Frederic espera con ansias el día de su aniversario. “Me gusta cumplir años, sí. Me encantaría llegar a los 100”, apunta. Para Frederic Ninot lo más importante es estar vivo. “Me encuentro bien y soy muy feliz. Me encanta poder disfrutar de la vida”. Él quiere seguir viviendo para ver crecer a sus nietos y huye con humor de la muerte. “Me han dicho que en el cielo no cabremos todos si subimos ya”, bromea.

Se le ve tranquilo, descansado, valorando los pequeños detalles y a la vez, los regalos que le da la vida. En Can Fàbrega reposa y disfruta de los días con gente de su edad a quien encandila con sus poesías. Y es que un día a la semana, la sala principal del centro se llena para escuchar a todos los que recitan. Uno de los más esperados es Frederic, que también es un gran escritor. Sin temor al público ni miedo escénico alguno, se levanta, se sitúa delante de todos los asistentes y empieza a recitar. Sus poemas dedicados a la Virgen de Montserrat y La meva llar de foc, su obra más preciada, arrancan los aplausos de todo el centro, de sus compañeros y a la vez seguidores más fieles.

Frederic vive con su hijo Ramón en Barcelona. Y, evidentemente, con sus nietos, parte de su inspiración. Con ellos comparte, entre otras muchas cosas, su amor por el fútbol y por el Barcelona. “Tengo los dos mejores asientos del Camp Nou”, repite orgulloso.